

El poder dormido

Relato basado en Hécate, una de las principales diosas menores adoradas en los hogares atenienses como diosa protectora de la familia. Historia de ficción basada en la visión que se tiene de la diosa como reina de las brujas, de los muertos y figura asociada a los perros.

Lín Marrod

Por la espesura del tenebroso bosque, donde ni los avezados cazadores se atrevían a internarse, caminaba la mujer. Su imagen oscura y deforme combinaba a la perfección con la noche sin luna y las fantasmagóricas formas de las ramas de los árboles. No podía ver el sendero, no lo necesitaba, conocía de memoria el camino que había andado cada día para, lejos de cualquier mirada o presencia no deseada, descargar las penas y pedir a la diosa un cambio definitivo en su vida.

Siguió el camino hasta el árbol. Podía verlo a lo lejos: enfermo, antiguo, erguido en el mismo medio del claro; sus congéneres, como fiel séquito, rodeándolo. La corteza formaba vagamente la imagen de una mujer, un perro y un caballo. Los caprichos de la madre naturaleza y el culto a Hécate hicieron de ese recóndito lugar un sitio de reunión obligada para las seguidoras, quienes preferían ocultar su inclinación a adorar a tan polémica diosa en una Grecia cada vez más convulsa.

Livia apretó la capa en el pecho al ver el resplandor a lo lejos y el grupo de mujeres sentadas alrededor del árbol. Apuró el paso, solo ella faltaba para completar el círculo. El día que encontró el pergamino junto a su cama, no imaginó que seguir las instrucciones escritas la llevaría a enfrentarse a sí misma y vencer cada uno de sus miedos. La muchacha que solía ser no se aventuraría a salir de casa en una noche sin luna y entrar al bosque que, incluso a la luz del sol, asustaba hasta al hombre más valiente de la aldea. Algo en esas palabras, escritas con tinta extrañamente roja, despertaron una fuerza desconocida, un coraje dormido.

Agradeció el uso obligado de la capa, ocultaba los moretones en su rostro y brazos. Ocupó su lugar en el mismo momento que el aullido lejano de los perros inundó el claro. Ya no le asustaba. Al igual que al resto, ese sonido aterrador le calentaba la sangre y preparaba su cuerpo para despertar el poder que bullía en su interior. Podía sentirlo avanzar desde la planta de los pies, vibrando bajo la piel, apretando su garganta hasta llegar a la cabeza.

Abrió su mente al mundo que soñaba para sí, extendió las manos y tomó las de las mujeres junto a ella, cerrando el círculo. Apretó firmemente la de su compañera a la izquierda. La muchacha que ella había atraído al selecto grupo, temblaba como las escasas hojas del viejo árbol, azotadas por la fría brisa de la madrugada.

Recordó el tiempo en que era ella quien tiritaba en ese círculo. Cerró los ojos al escuchar las pisadas sobre la hojarasca. El andar seguro y acompasado de Ferea detuvo los aullidos. Fue ella quien la recibió en el grupo, su mentora, la que dejó el pergamino junto a su cama; como ella mismo lo había hecho, dos noches atrás, a la mujer que no dejaba de temblar y que estrechaba su mano, haciendo insoportable el dolor en la herida que proporcionó la sangre para dejar el mensaje.

Mentiría si dijera que no temió los primeros encuentros. Le asustó que fuera con sangre que se reclutara a cada nuevo miembro. Después comprendió que su simbolismo iba más allá de un rito pagano. Era la manera de decir que recomendar a alguien nuevo era tomarla bajo su protección, el compromiso y entrega a mostrarle como cambiar su vida, el lazo inquebrantable en una lucha en pos de los sueños que serían las realidades de otras.

Las enseñanzas y sabia guía de Ferea la convirtieron de pupila a mentora. Esa mujer, con paciencia y firmeza, abrió sus ojos. Le mostró que existía una vida más allá de los sueños, en la que ya no bajaría la cabeza y aguantaría, impotente, las ofensas de padres, hermanos, esposos, hijos; por cualquier tonto motivo. Una realidad en la que el matrimonio ya no sería el contrato donde una mujer libre se convertía en esclava. Un día en el que ninguna sociedad, credo o ser humano tuviera el poder de decidir lo que significaba ser una mujer.

La mejor enseñanza de Ferea a las almas reunidas alrededor del árbol, en la humilde opinión de Livia, era que nada ni nadie cambiaría si el cambio no comenzaba en ellas. Fue difícil hacerse a la idea después de años en un yugo que había pasado entre generaciones como si de una herencia se tratase. Un comportamiento impregnado en cada porción del cuerpo femenino desde el vientre de la primera de todas las mujeres.

El murmullo de la oración detuvo sus pensamientos y se extendió por el claro:

Te celebro, hija de Perses, amante de las soledades. Nocturna protectora, reina irresistible. Protectora de caminos y encrucijadas. Imploro tu sabiduría y poder...

La invocación llegó a su fin. Livia sonrió, era el momento por el que venía a cada nueva reunión. Su cuerpo y su mente se sincronizaban a la perfección con esas palabras. Eran el mantra que acompañaba sus días, desde la noche oscura que recibió la invitación.

Su corazón latió descontrolado, anticipando la voz grave y potente de Ferea que repitió cada árbol del lugar, hasta desaparecer en la noche:

—¡Bienvenidas todas! Que la bendición de Hécate las proteja. ¡Vienen aquí como mujeres para descubrir la bruja en su interior y, con su poder liberado, convertirse en diosas!

Las horas pasaron. El ritual terminó. Las tareas fueron asignadas y, una a una, se despidieron de Ferea, quien era la primera en llegar y la primera en marcharse. Se convirtió en tradición hincar una rodilla ante ella y rozar su sandalia con la mano izquierda, después tomar un mechón de su cabello, que le rozaba el tobillo, y llevarlo a la frente en señal de respeto. Cuando la mujer desaparecía en la niebla que, invariablemente, invadía el lugar en cada encuentro, el grupo se separaba. En silencio y con la misma discreción que llegaban, desaparecían en la noche.



Desde la hendidura que formaba la pared de rocas, la mujer de cabello largo y mirada profunda, observó a Livia marcharse. Imaginó la floresta, que flanqueaba su regreso, como un ejército que despedía en atención a su general. Regocijándose de su sabia decisión al elegirla, acarició a los perros que descansaban a sus pies, sus ojos resplandecían, fijos en la figura que se perdía en la distancia.

Cuando los ruegos desesperados de sus seguidoras comenzaron a parecerse demasiado, la preocupación le hizo buscar una solución. Su poderoso padre no aprobaría que se expusiera de esa forma y resultaba extraño que no le hubiera reclamado que los terrores nocturnos que desataba, solo afectarían a algunos hombres.

Sin importar la opinión del poderoso Zeus, no las abandonaría a su destino, no las privaría de los consejos que hubieran evitado que ella se convirtiera de hija reconocida a reina de las sombras. No las dejaría cometer sus errores.

Recordó el rostro amoratado de Livia, su mirada triste. Se levantó, los animales la rodearon, oliendo su furia, deseosos de la señal de partida. Con un movimiento de su mano, la niebla se abrió. Los perros aullaron y ella extendió los brazos en dirección a la aldea, mostrándoles el camino al blanco de los horrores que desataría esa noche sin luna.